

raleza, pues siguiendo la corriente de los tiempos, ha suscitado y fomentado *un vivo sentido de la realidad*. De aquí que no se satisfaga el espíritu humano, ni aun cuando se eleva sobre la experiencia sensible, con ilusiones fantásticas, ni con entusiasmos infundados. Aun para aquello en que el hombre se aventaja á los animales, especialmente respecto á las cosas espirituales, morales y religiosas, necesita *realidades, hechos ciertos*. De esta suerte estaría el hombre dispuesto á fijar su mirada reflexiva en los fundamentos *reales* del mundo *real*, los cuales ponen de manifiesto el origen y el fin del mundo en general, y del hombre más especialmente; á considerar el ideal luminoso que, partiendo de la realidad del mundo suprasensible, da alta significación á las cosas de este mundo terreno. Y aunque le parezca que estas verdades, que son para él más importantes que cualesquiera otras, no brillan en el espíritu con aquella claridad con que él quisiera verlas, no será tan necio que pierda en su corazón, imitando á los más ilustres filósofos paganos, la esperanza de ser favorecido con un auxilio exterior y sobrenatural con que pueda llegar al conocimiento de las verdades eternas. ¡Cuán bellas esperanzas podrían concebirse si se procediera por parte de la ciencia sinceramente, sin pasión ni preocupaciones! Pero aquí deben ayudar otros factores; bien que en definitiva sólo está el auxilio en Aquel en cuya aparición el cielo anunció la paz á los hombres.

Terminamos uniendo nuestro deseo al que hace algún tiempo fué manifestado por un pleclaro sabio católico: que se cumpla muy pronto lo que Leibniz predijo á su siglo: "Llegará un día en que el hombre, conociéndose á sí mismo, reconozca el valor de una santa filosofía, y dé á los estudios matemáticos una dirección en parte fundada en la mayor severidad de un juicio mejor dirigido, en parte en el conocimiento del prototipo de belleza; en que las nuevas investigaciones naturales sirvan á la glorificación del Criador de la naturaleza que en el mundo visible nos muestra la imagen del ideal; en que finalmente todos los estudios se ordenen y dirijan á la consecución de la bienaventuranza.,,

cias y completar su idealismo, demasiado exclusivo hasta ahora, con un sano realismo. Desde el segundo tercio de este siglo ha entrado la vida toda de nuestro pueblo en una nueva fase, en la cual los trabajos políticos y sociales han llegado á tal extensión, han tratado tales objetos y han logrado tales resultados, como no era posible haberlo imaginado. Pero como en este punto todo depende de que Alemania no se olvide de las consecuencias extrínsecas, de sus condiciones espirituales y morales, ni de los nuevos objetos de los ideales que hasta ahora ha tenido, el porvenir de la filosofía alemana depende en primer lugar del grado en que alcance tener abiertos los ojos para contemplar la naturaleza real y profunda, y la dependencia de las cosas, los elementos objetivos y subjetivos de las representaciones, las causas naturales y los fundamentos ideales de los fenómenos.



CONCLUSIÓN—APÉNDICE

Sobre el método escolástico

751. Dase frecuentemente el nombre de Escolástica á aquel esfuerzo de la Teología cristiana que tiende á penetrar especulativamente la verdad que se ofrece mediante la revelación; á hallar acerca de ella por medio de la reflexión conclusiones cada vez más perfectas; á mostrar científicamente la íntima conexión de las doctrinas de la fe entre sí, para esclarecerlas más y más, y á mostrar las verdades, ocultas con frecuencia, que en sí contienen. En este sentido se habla ordinariamente de la Teología escolástica en contraposición á la positiva. Y se da el nombre de Filosofía escolástica á aquella ciencia que se eleva sobre los fenómenos sensibles para llegar con el pensamiento y el juicio á la posesión de una realidad suprasensible. En este sentido hemos hablado anteriormente de una Filosofía peripatético-escolástica de la naturaleza. Especialmente se llama "sistema escolástico", en cada cosa individual al dualismo de la materia y la forma.

Hemos hablado con tanta frecuencia de la Escolástica, que no desagradará á algunos de nuestros lectores que espliquemos algún tanto esta palabra tomada en su tercera significación, según la cual denota propiamente el método de enseñar y de aprender que era común usar en las escuelas superiores en tiempos pasados. Aun en este sentido es la palabra "Escolástica", objeto del mayor desprecio. La circunstancia de hallarse el método de enseñanza escolástica en íntima relación con la Filosofía natural escolástica, y de necesitar esta Filosofía ser ampliamente ilustrada

mediante ese método, no bastaría para dar ocasión á esos juicios desfavorables. Al punto surge aquí la extraordinaria importancia de su objeto; pues quien considere el múltiple influjo que ejercen en todas las capas sociales las clases cultas ó que deben serlo, no podrá mirar con indiferencia cómo estas clases y la juventud llamada al estudio de las ciencias deben ser conducidas por el único verdadero camino de la verdad. Esta cuestión se nos ofrece en primer término al tratar del método escolástico de enseñanza.

752. Para entender la Escolástica, debemos ante todo considerar su fundamento. En primer lugar, sabemos que existe un orden de verdades fundamentales *objetivas*, que son objeto de la ciencia y de la vida del hombre. Para la Escolástica, la verdad no es solamente producto de la actividad humana, pues cualquiera podría dejar volar á su antojo la navicilla de su razón llevada en alas de la fantasía y dirigida por la voluntad, y ofrecer como verdad conocida la tela urdida de esa suerte; antes busca este sistema el fundamento y la determinación de la verdad *fuera* del espíritu individual, en el orden real de las cosas. Sobre el concepto de la verdad no entra en profundas discusiones: la considera simplemente tal como se muestra á toda persona racional, como la conformidad del entendimiento con la realidad objetiva; esta conformidad es según la Escolástica lo que ha de proponerse el entendimiento humano.

Por otra parte, la Escolástica cree firmemente que la verdad, considerada según su aspecto fundamental, esto es, en cuanto está destinada á dirigir la vida más elevada del hombre, la vida que trasciende á la eternidad, no es acá en la tierra una incógnita cuya solución siempre estemos buscando y nunca podamos hallar; sino que debe estar muy cerca de nosotros en sus líneas fundamentales, y que á los hombres de buena voluntad se muestra con tal claridad y fijeza, que es cosa cierta que no puede ser rechazada porque parezca oponerse el resultado de la investigación progresiva de algún fenómeno particular. Hasta ahora toda Filosofía que se ha apartado de esta presuposición "escolástica", ha venido á dar en último término en la desesperación pesimista.

Con este concepto está íntimamente unido el concepto escolástico de "ciencia". Bajo el nombre de ciencia han entendido siempre los antiguos el conocimiento de las cosas en sus razones, esto es, en sus causas internas y externas. A la razón se la considera como á facultad de conocer las cosas tales como son en realidad, y de adquirir la verdad de ellas en cuanto que la razón imprime en sí misma una imagen fiel del objeto. Mas ¿habrá de darse el nombre de conocimiento científico á todo conocimiento adquirido por el entendimiento? De ningún modo: es necesario para esto, en pri-

mer lugar, que el conocimiento subjetivo se conforme con la realidad de los objetos, esto es, que se represente el objeto conocido como procediendo de sus causas internas y externas; y en segundo lugar que sea tan claro y distinto, que el entendimiento se vea como encadenado é imposibilitado para pensar de otra manera. Partiendo de este concepto de la ciencia, se concibe el aprecio que los pensadores de la antigua escuela hacían del saber. Sabían muy bien que la sabiduría del Criador ha hecho por justos motivos accesibles á los hombres las verdades fundamentales de la vida moral por otros caminos que el de la investigación científica; pero esta convicción, lejos de ser impedimento, era un estímulo para dedicarse con gran celo al estudio de la sabiduría. Durante toda la historia de la humanidad, nunca se ha visto la ciencia que está al servicio de la verdad, tan honrada y tan cultivada como al lado de la revelación.

Nótase aquí que los antiguos escolásticos no participaban de la opinión según la cual la mejor manera de fomentar la construcción del edificio científico es destruir cada uno lo que los antecesores han edificado para volver de nuevo á principiar la construcción poniendo los cimientos según el capricho de cada uno. Creían que la ciencia es algo más que un juego de niños ya hombres; consideraban en la ciencia un elemento luminoso ordenado por Dios y conservado por la Iglesia católica. Así como en el campo de la creación material se junta la actividad de millares de seres para llevar á cabo obras magníficas, así en la esfera del espíritu se suma y completa la actividad de innumerables seres, los cuales deben apreciar los resultados adquiridos por las generaciones anteriores, y considerarlos como base de ulteriores investigaciones, como preciosos cimientos para construir la obra grandiosa del espíritu, los verdaderos faros que han de servir de guía en la vida de los pueblos y de toda la humanidad.

Además, la Escolástica niega que la firme profesión de aquellas verdades que deben servir de guía en la vida, haya de ser dependiente del conocimiento personal de ellas adquirido científicamente. La vida no espera á la ciencia. *Prius est vivere quam philosophari* quiere decir, que ni en el orden espiritual ni en el material es posible negar los medios de vida hasta tanto que hayan sido examinados científicamente esos medios. La razón, que por su naturaleza se siente impulsada hacia esas verdades, y que, según el curso ordinario de las cosas, las recibe por la tradición, en manera alguna tiene necesidad de hacer *tábulas rasa* de todas ellas ni de ponerlas todas en tela de juicio al comenzar el proceso científico; tal principio sería inmoral y necio; antes, por el contrario, debe empezar apropiándose científicamente la posesión ya alcanzada,

ilustrándola y aumentándola, por lo cual debe mirar con cierto respeto las cosas tenidas tradicionalmente por ciertas, según la sentencia del poeta:

Lo que has heredado de tus padres,
adquiérello para poseerlo.

753. Por esta razón, todo el que quería adquirir elevada cultura intelectual y una posición influyente entre los demás, una vez terminada la escuela, á la que había asistido constantemente, se atenia á las verdades fundamentales del orden objetivo. En primer lugar, debía aprender por medio del estudio y del ejercicio la Lógica, que se deduce de la misma naturaleza humana, perfeccionar la capacidad de subordinarse exclusivamente á la verdad y ponerse á sí mismo los límites que dificultan el apartarse del camino recto. Había de aplicar las leyes del pensamiento para apropiarse científicamente las nociones fundamentales del ser y del llegar á ser, de la vida y del impulso; y después de haberse orientado acerca de la razón, dependencia y fin de todo ser y de todo conocimiento, se consideraba exento de peligro y preparado para entrar en el laberinto de los estudios especiales. A este trabajo del espíritu se llamaba *estudio de la Filosofía*.

Desde que el antiguo espíritu revolucionario en el siglo último pasado se introdujo con grande éxito y conmovió todas las cosas que eran obstáculo al capricho humano, los elementos conservadores de la elevada educación del espíritu, á saber, la Filosofía, hubieron de ser descartados. En los tiempos de la reforma fué calumniada la Filosofía, llamándosela sierva del demonio. Después plugo á la revolución disfrazar con el nombre de Filosofía la rebelión de la razón humana contra la revelación divina, y derribar altar y trono en nombre de la Filosofía. A la sazón la palabra Filosofía significaba lo mismo que lo que en nuestros tiempos significaba la palabra "cultura," y eran llamados filósofos los que después fueron partidarios del Kulturkampf. En realidad todo aquello á que la Edad Media católica daba el nombre de Filosofía, estaba condenado á desaparecer. Y no podía menos de ser así, por que el liberalismo, según el cual el hombre tiene á su inteligencia como á única fuente de verdad, y que, con el fin de acallar los remordimientos de la conciencia, se muestra á sí mismo como parte de la divinidad, tiene por consecuencia que odiar las verdades objetivas como el más molesto de los frenos. Si antes era ciencia el culto de la verdad, ahora es, según el concepto moderno, el culto de la investigación y de la razón humana. Se ha llegado—cuando no se trata de adquirir riquezas ó de satisfacer las exigencias de la vida cómoda y regalada—á atribuir todo el valor á la

actividad científica considerada en sí misma, mientras que se mira como cosa accesoria el llegar á alcanzar la verdad. Aquel conocido dicho de LESSING, "si Dios tuviera en la mano derecha toda verdad y en la izquierda el dirigirse á la verdad con la condición de caer constantemente en error, y le diera á elegir al hombre, él (Lessing) elegiría humildemente lo que hay en la mano izquierda," ha prosperado tanto, porque es la expresión de lo que ahora se siente. El pensar, investigar y saber no se aprecia ahora como camino para llegar á la verdad, sino como medio de satisfacer el afán de investigar y de pensar. La ciencia es para el espíritu una cacería, un torneo. Si queremos representarnos tal como es esta miserable dirección del espíritu, recordemos un fenómeno análogo en otra esfera de la vida. Se dan á veces algunas personas, dotadas de la movilidad del azogue, de tan desenfadada actividad, que el trabajar es en ellos una necesidad, como la de moverse en los niños. ¿Intentan acaso hacer alguna cosa con su trabajo? De ningún modo, pues muchas veces lo emplean en destruir sólo por satisfacer esa actividad. Un afán semejante á éste anima á la vida moderna del espíritu; pero aquí es más frecuente y más intenso, y se ve rodeado de mayores peligros, porque está íntimamente unido con la vanidad y con el orgullo personal.

Se impulsan, se empujan, se oprimen,
se persiguen, se angustian, se muerden.

Y todo ¿para qué? Sólo para lograr alguna reputación científica. No ha sido la verdad, sino el egoísmo quien ha tomado á su servicio el afán y el placer de trabajar del moderno espíritu humano. Así sucede que los "sabios," forman una casta privilegiada: ellos han adquirido el derecho de decir todo género de disparates en nombre de la ciencia, y nadie puede rectificarles, aunque conmuevan los fundamentos de toda la vida social. Este menosprecio de la verdad da á toda la vida moderna un sello especial, el sello del liberalismo.

Todo lo permite la utilidad, siquiera sea momentánea; todo lo justifica el éxito. El horror á la mentira ha desaparecido. Verdaderamente no se habría llegado hasta este punto, si no se hubiera trabajado con sujeción á un plan preconcebido en el terreno científico, si no se hubiera falsificado el concepto fundamental de la verdad, y si no se hubiera embotado científicamente el sentido que la percibe. Convertida la palabrería en señora de la ciencia, pudo el poder público encadenar tal derecho, y gloriarse de su hazaña. Claro es que el desprecio que existe en el fondo del liberalismo hacia la verdad, influyó en la ciencia, haciéndola cada vez más libre. Esta ciencia no es en su esencia otra cosa que la economía

del interés: deificación de la fuerza bruta, ó deificación del yo ó de las talegas. El sentido severo que conoce la verdad, y el honesto esfuerzo para llegar á poseerla han desaparecido aquí; lo que excede de los fenómenos sensibles, es objeto de burla, como si fuera locura, ó sólo es considerado por los llamados sabios como depósito de donde sacan sus caprichosos ensueños. Tal es el espíritu antiescolástico que ha dispensado á la juventud estudiosa del estudio de la Filosofía. Este estudio en la actualidad, por lo común, no existe ya. Lo que recibe semejante nombre, consiste en algunas ruinas de otros tiempos, en largos preludios que á nada conducen, en breves datos de Psicología empírica, ó en algunas exposiciones ininteligibles de la Historia de la Filosofía, lo bastante para producir desprecio y tedio de la Filosofía en los jóvenes que la estudian ó más bien que oyen tales explicaciones¹. El reconocer alguna verdad objetiva que no pueda menos de aceptarse, se tiene por tiranía del espíritu. Las leyes del pensamiento son obstáculos á la libertad, y, por consiguiente, el estudiarlas y ejercitarse en ellas se ha de rechazar, como ocupación indigna de hombres libres. Un niño mal criado es, en verdad, más libre que un hombre bien educado; y el que ignora las cuestiones fundamentales de toda ciencia, podrá apreciar á su arbitrio los conocimientos de detalle adquiridos en su profesión y formar un concepto de la vida lo más cómodo posible. Este es el sistema antiescolástico. Por lo cual es imposible restaurar la Escolástica mientras estén en manos del liberalismo las riendas de la sociedad.

251. El segundo punto de partida de la Escolástica se refiere á la naturaleza del conocimiento humano; y consiste en presuponer que no es posible al hombre llegar á conocer la verdad objetiva mediante la mera contemplación, sino por medio de un *conocimiento progresivo* (abstracción, inducción, deducción); lo cual está en relación con el modo como la verdad se ha respecto del hombre. Son, pues, inexactas las opiniones platónicas según las cuales cada uno trae consigo la verdad al mundo, necesitando tan sólo algunas circunstancias externas para que surjan las ideas y conocimientos, que estaban como adormecidos en el espíritu; ó que la verdad una y eterna resplandece como sol en el espíritu. En realidad sucede lo contrario: que una inteligencia eterna ha im-

¹ «La Filosofía en la Historia de la Filosofía», dice dogmáticamente la ciencia moderna. Es indudable que la Escolástica miraba con grande aprecio á la Historia. «Necesse est accipere opiniones antiquorum, quicumque sint... Et hoc quidem ad duo erit utile. Primo quia illud quod bene dictum est ab eis, accipiemus in adiutorium nostrum. Secundo quia illud quod male enuntiatum est, cavetimus» (S. THOMAS, 1. 1, *De anim.*, lect. 2.) Pero no se dejaba á la Filosofía penetrar en el terreno de la Historia. «Stadium philosophiae non est ad hoc, quod sciatur quid homines senserint, sed qualiter se habeat veritas rerum» (S. THOMAS, 1. 1, *De caelo*, lect. 22.)

preso como verdad sus ideas y sus leyes en las cosas que se perciben con los sentidos, y que el entendimiento humano posee la facultad de sacar la verdad de las cosas singulares, de reunir las verdades así adquiridas y de elevarse al conocimiento de las más sublimes y profundas verdades. Nuestro conocimiento empieza, pues, en el mundo de los sentidos, y con el auxilio del análisis y la inducción llega á elevarse á conceptos generales, á la formación de ideas y á proposiciones fundamentales universales¹.

¿Pero es posible á la inteligencia humana, cuando se le propone una verdad universal aislada por el análisis, conocer clara y distintamente con una mirada las verdades particulares contenidas en ella? La experiencia responde negativamente.

Si el hombre quiere elevar sus conocimientos al grado de perfección á que puede llegar según su naturaleza, tiene que combinar diferentes puntos de vista, tiene que formar en cierto modo una escala para descender por medio de síntesis y deducciones de lo universal á lo particular. De aquí se deduce la importancia del silogismo propiamente dicho, esto es, del silogismo deductivo en sus diferentes formas, el cual constituye la parte esencial de la actividad de nuestro espíritu, y el pensamiento propiamente humano; el error sólo se desliza en nuestra ciencia cuando, á sabiendas ó sin advertirlo, hacemos un silogismo defectuoso.

Amigos y adversarios reconocen que la Escolástica atribuyó suma importancia á la formación y aplicación del silogismo. ¿Hizo por ventura mal en esto?

La ciencia moderna muestra marcada antipatía á todo discurso racional y concluyente; tiene en mucho la inspiración de la inteligencia y por nada del mundo quisiera que esta inspiración padeciera menoscabo. La razón de esta preferencia no es difícil de adivinar. La inteligencia en el hombre es limitada é imperfecta, obra en cierto modo entre sombras; sólo se tornan claras y distintas sus concepciones mediante las imágenes de la fantasía, con la cual está la inteligencia unida íntimamente. Aquí apenas se advierte huella de la férrea dirección que imponen las leyes del pen-

¹ Respecto al concepto que se da en muchos, según el cual la Filosofía escolástico-aristotélica es una ciencia *a priori*, nunca se demostrará bastante lo erróneo de semejante aserción, pues sucede precisamente lo contrario. A este propósito recordamos las siguientes palabras de ALBERTO MAGNO: «Haec omnia causa fuit inter Platonem et Aristotem controversia, quod ille ratione universalium sequi voluit, et ex illis rerum principia quaesivit. Aristoteles autem non sic, sed ex naturalium rerum quaesivit principia rei» (In 1. 2. dist. d. 1, a. 4.) SANTO TOMÁS considera aquí lo que es característico de la Filosofía aristotélica: «Quidam ad inquirendum veritatem de natura rerum processerunt ex rationibus intelligibilibus; et hoc fuit proprium Platoniorum; quidam vero ex rebus sensibilibus; et hoc fuit proprium philosophiae Aristotelis.» (*Quaest. disput.*, q. de spirit. creat., a. 3.)

samiento, del asentimiento obtenido por medio de la verdadera ciencia. Por el contrario, tiene á su disposición á la fantasía, almacén donde hay vestiduras para todas las representaciones que puedan darse. Con lo cual la inteligencia está dispuesta para servir como fiel sierva á todo lo que la voluntad ó la mudable inclinación de los afectos ó los descos ocultos del corazón ponen ante sus ojos.

Mas no por esto hemos de desconocer el valor de la inteligencia intuitiva. Es indudable que así en el arte como en la ciencia juegan un papel muy importante las miradas luminosas, los grandes pensamientos, las inspiraciones, las ideas felices y, como quiera que se llamen, los dones de la inteligencia. ¡Cuántas veces surge repentinamente en la inteligencia un juicio decisivo, como surge en la obscura noche un meteoro luminoso, sin que se sepa cómo! "Cuando estoy de vena, ya sea viajando en carruaje, ya sea después de comer, ó paseando, ó por la noche cuando no puedo dormir, se me vienen á torrentes las mejores ideas," (MOZART). Entonces se muestra de repente en el alma un concepto afortunado que poseíamos sin saberlo, una idea que en vano habíamos buscado largo tiempo; cáese la venda de nuestros ojos y vemos una conexión de razones que en vano habíamos buscado en todas partes y ahora se nos ofrece ante los ojos; entonces se nos ocurre una idea feliz á la cual no habiéramos llegado haciendo silogismos. Este es el terreno propio del genio, donde obran por una parte la luz de la gracia comunicada mediante el divino auxilio, y por otra el demonismo. Un talento profundo ó un alma iluminada de lo alto salta fácilmente por encima de una serie de miembros intermedios y abarca con una mirada el conjunto de las cosas, mientras que un entendimiento vulgar se arrastra de silogismo en silogismo. Pero aun en el discurso ordinario se puede obtener con cierta reflexión sobre sí mismo un conocimiento suficiente de la actividad intelectual así intuitiva como discursiva, de la fácil concepción y del fruto laborioso del entendimiento.

A pesar de esto, la Escolástica tiene mucha razón en mirar con especial solicitud al silogismo y en general á cuanto se refiere al raciocinio. Sería, en efecto, cosa fatal el contar en el trabajo del espíritu con ocurrencias felices y pensamientos luminosos, hijos caprichosos del momento, que van y vienen sin que se pueda calcular cuándo ni cómo. Por otra parte, ordinariamente esas centellas de pensamientos profundos sólo se producen en aquellos espíritus cuyas fuerzas se forman ejercitándolas ordenadamente; de otro modo suelen ser con frecuencia fuegos fatuos. Así como ordinariamente no puede gloriarse de haber tenido alguna inspiración musical de importancia duradera el que no ha recibido

educación musical, así el entendimiento no cultivado no debe contar con el valor objetivo de las ocurrencias de su propio genio. Además, las miradas de la inteligencia son como puntos luminosos que deben ser conducidos y relacionados por el sólido tejido del pensamiento racional. Finalmente, las representaciones que nos ofrece la inteligencia, son absolutamente inseguras y sólo alcanzan el grado de propiedad verdaderamente nuestra cuando son demostradas como verdaderamente sólidas mediante la reflexión silogística. Sin esta revisión, así pueden conducir á la verdad como al error.

255. En tercer lugar es de notar que la Escolástica ha tenido en cuenta en su método algo en que el hombre, y mayormente el hombre moderno, fija con disgusto su atención. Este algo es la limitación, la deficiencia, el desorden y torpeza, y la casi mendacidad del conocimiento humano. ¿Pero de qué sirven espasmos y lamentos? Es un hecho innegable que la verdad en el orden suprasensible no llega á ser poseída del espíritu de tal manera que, sin necesidad de previo conocimiento de lo individual, se eleve nuestro espíritu á las verdades más elevadas y universales yendo después por medio de una cadena inquebrantable de silogismos de una proposición á otra, como sucede en las matemáticas. El espíritu humano está en el grado infimo de la escala de los seres espirituales. Si se halla en natural dependencia de la experiencia sensible y de la fantasía, es ciertamente para su bien; pero aun lo mejor en la naturaleza muestra una parte sombría, y esto sucede mediante la íntima relación que existe entre el entendimiento y la actividad de los sentidos. El mundo de los sentidos es inmenso; la percepción sensible obra dividiendo y confundiendo; muchas cosas que carecen de valor, y que hasta son perjudiciales, que el hombre ve y oye, le atraen aun contra su voluntad é influyen desfavorablemente sobre él; además, la fantasía que le lisonjea, se opone con frecuencia á la razón y puede apartarle del verdadero camino. El retener las verdades conocidas va siempre unido con la parte sensitiva de la memoria; y ordinariamente sólo conserva ésta aquellas cosas que ha logrado fijar en sí con cierto esfuerzo. En muchos casos el entendimiento se halla como rodeado de nieblas, y sólo puede hallar la verdadera esencia de las cosas investigando y ordenando todo lo que de alguna manera puede ayudarle, y resolviendo las dificultades que por doquiera surgen contra la verdad; si se satisficiera con los conocimientos que puede adquirir directamente, todo vacilaría en el momento en que se le presentara la primer dificultad. A menudo le faltan motivos en que fundar la demostración directa de la verdad, y el entendimiento se ve en la necesidad de limitarse á ver que es prudente y racional

aceptar ó rechazar con decisión una proposición, fundándose en razones indirectas. Finalmente, la voluntad y el capricho ejercen poderoso influjo en la actividad cognoscitiva; no raras veces se ve lo que se quiere ver, mayormente tratándose de cuestiones de importancia práctica.

Fácilmente se comprenderá, considerando todo esto, que para construir el edificio científico se requiere una táctica especial, como quiera que el que estudia, debe procurar adquirir un dominio sólido, fundado en el campo inseguro de la verdad. Veámos ahora cuál es la táctica que ha empleado el sistema escolástico.

Era costumbre entre los dialécticos griegos empezar las investigaciones científicas teniendo en cuenta los conocimientos adquiridos por los demás; por que lo que todos ó por lo menos los hombres de experiencia aceptan, merece respeto, pues bien puede presumirse que se funda en un conocimiento positivo. De este modo se llega á reunir los diferentes puntos de vista que se contradicen según la opinión de cada uno, y á compararlos entre sí. De aquí la costumbre en ARISTÓTELES de remitir á las "aporías, las cuestiones de algún interés, considerando el objeto bajo sus diferentes puntos de vista, examinando las determinaciones que de aquí se deducen unas con relación á otras, y con relación á lo que ya estaba demostrado, mostrando las dificultades mediante este examen, y llegando, por la solución de estas dificultades, á la posesión de la representación científica¹.

Los escolásticos, según ALBERTO MAGNO (en su *Summa theologica*), aceptaron por completo los estudios aristotélicos y los perfeccionaron, formando de esta suerte un método magistral de investigación filosófica. Involuntariamente recordamos aquí la gran *Suma* de Santo Tomás de Aquino, el gran maestro de la escolástica. Aun respecto de su fondo teológico está escrita para los principiantes. La forma, siempre semejante, del conjunto de los artículos de esta grande obra, indica, así á los maestros como á los discípulos, el método que han de seguir para dominar la materia. Empieza de manera que se proponga con toda claridad la materia que debe llegar á ser patrimonio científico; después, el que aprende, debe formar juicio exacto de las dificultades que hay en el fondo de la misma cuestión, y hacer, si no todas, al menos las consideraciones que están esencialmente ligadas con la materia de que trata, para saber con certeza el punto de partida de la prueba que ha de seguir. ARISTÓTELES², y después SANTO TOMÁS, comparan

¹ ZELLER, *Phil. de Gr.*, II, 2, pág. 244.

² *L. 3 metaph.*, c. 1, 995, a. 27.

al que estudia, con un juez que ha de dictar sentencia en una causa litigiosa, el cual debe conocer de antemano las razones en pro y en contra de la resolución que ha de tomar¹. Aquí del esencial servicio que presta el conocimiento de la Historia. No son menos de notar las varias opiniones de los contemporáneos respecto de la materia puesta en tela de juicio, pues según el punto de vista escolástico, el que estudia no estudia con un fin especulativo, sino con relación á la vida. Propuesta como tesis una proposición tenida por cierta, debe ser demostrada en forma silogística como conclusión que se deduce con necesidad lógica de las premisas. Así como una piedra preciosa hallada al acaso se contempla y se mira por todas partes, así la verdad ante los ojos del espíritu debe ser contemplada bajo todos sus aspectos, y debe ser confirmada con razones diferentes. Pero aún no está terminado el trabajo del espíritu; se debe investigar para resolver, partiendo ya del conocimiento de la verdad, las objeciones propuestas, y ver si aún se pueden proponer otras. Aplicando el silogismo se descubrirá en qué consiste el error favorable al punto de vista que se aparta de la verdad conocida. Ahora preguntamos: ¿no es éste el método que debe seguirse para alcanzar un conocimiento cierto y claro, una ciencia que no se conmueva á impulso de cualquier viento de doctrina?

Todavía mencionaremos aquí otro rasgo característico del sistema de educación científica de la Escolástica. No se procuraba acumular doctrinas diferentes que no podían ser bien poseídas por los jóvenes, sino sólo las que eran proporcionadas á su capacidad; se creía que un joven bien formado en pocas cosas puede en la edad madura extender sus conocimientos procediendo del *multum ad multa*, con más facilidad y con mayor confianza y provecho que otro que, abandonado á sí mismo, hubiera estudiado muchas materias diferentes.

¿Parecerá todavía extraño que una época dominada por el liberalismo no pueda soportar los vínculos que impone la verdad clara y ciertamente conocida? Semejante ciencia es demasiado severa y no se presta á ser motivo de fastidio, ni instrumento de charlatanes, ni esclava de las pasiones; antes es como una rueda de hierro que obliga á no salirse del camino recto al corazón del hombre impulsado por el ardiente deseo de la felicidad. Hoy día

¹ Precisamente en el mismo lugar citado se compara el problema científico con un nudo que ha de deshacerse. «Sicut ille qui vult solvere vinculum corporale, oportet quod prius inspicat vinculum et nodum ligationis, ita ille qui vult solvere dubitationem, oportet quod prius speculetur omnes difficultates et earum causas.» Y más adelante dice: «Illi qui quaerunt, nisi prius dubitent (aquí no se trata de una duda real) similes illis sunt qui quoniam ire oportet, ignorant, et sic neque cognoscere possunt utrum invenerint, quod quaerunt. necne.»

se aprecia la ciencia, pero sólo en cuanto puede servir á los intereses temporales; se quiere su posesión de tal manera que las doctrinas puedan acomodarse á la satisfacción de las necesidades modernas. A esto se llama *libertad de pensamiento*. El progreso demanda libres pensadores, esto es, pensadores que puedan mudar á cada paso sus convicciones científicas. El Estado moderno necesita de libres pensadores, de pensadores que piensen lo que el Estado quiera imponerles. Libres pensadores quieren las logias, hombres que así estén prontos á justificar científicamente, en un momento dado, la destrucción de los tronos y el asesinato de los reyes, como á poner servilmente su ciencia á disposición del Estado en favor del Culturkampf contra la Iglesia católica. Libres pensadores exige la ciencia misma, sabios cuya ciencia no prohiba mostrar el odio que tienen al Cristianismo positivo en las doctrinas acerca del origen y fin del mundo, acerca de Dios y de la inmortalidad del alma. El que aborrece tal libertad, no es hombre de la época, es un "escolástico.". El tener convicciones firmes, inconvencibles, acerca de las cuestiones más elevadas de la vida, es, á los ojos de nuestra cultura moderna, criminal locura. Los estudios según el sistema escolástico son casi imposibles ahora, porque no se aprecia la educación filosófica del espíritu; por el contrario, en los estudios profesionales se ha formado una masa que no puede dominarse. Así los jóvenes se ven obligados á instruirse en ellos, á pasar por ellos con la velocidad de un tren, á reunir algunas pajas con que cubrir en la práctica su ignorancia científica, á construirse un columpio en que balancearse temerosos en los días de exámenes á través de las muchas asignaturas que tienen que probar.

756. Dirigiendo una mirada retrospectiva á cuanto acerca de este punto hemos manifestado, veremos que el plan de la Escolástica es instruir y conducir al hombre que aspira al más alto grado de educación en todas las cuestiones profundas, para que tenga un concepto cierto del valor objetivo de estas cuestiones; y que para conseguirlo toma muy en cuenta, por una parte la naturaleza del entendimiento humano, y por otra su flaqueza é imperfección. Quiere que se posea el conocimiento de la verdad mediante el trabajo y esfuerzo propio del que desea llegar á poseerla. Aquí llegamos en cuarto lugar al punto que, más que los anteriores, nos muestra el carácter propio de la Escolástica, y que le ha dado nombre. Considerábase de suma importancia que el que aprendiera fuese dirigido por un *maestro*, y por esta razón se cuidó con suma solícitud de la *Escuela*.

¿Qué hay aquí de singular? Podrá responderse: también en los tiempos modernos se aprecia mucho la escuela. Contra esta

objeción no podemos menos de protestar. Escuelas propiamente tales no las hay hoy día: cuando en nuestros tiempos se habla de escuelas superiores, se violenta la significación de esta palabra. Figúrese el lector un lugar donde hay cierto número de sabios pagados por el Estado, que enseñan á su antojo, y á donde concurren cierto número de jóvenes que apenas estudian: á esto se llama hoy día escuela superior. No mencionaremos aquí los vicios, reconocidos por todos, de que adolecen las escuelas superiores de educación, ni diremos nada de los profesores cuya actividad está sostenida por consideraciones pecuniarias ó de otro género, ninguna de ellas científica. ¿Pues no creen aún nuestros buenos profesores que basta para cumplir su misión hablar del desarrollo de la ciencia y mostrar á sus oyentes como lo mejor el resultado de sus estudios favoritos ó las páginas de algún libro suyo? Lo más que podrá conseguir el profesor, será hallar fe infantil en los discípulos y moverlos (lo cual ciertamente tiene su mérito) á que estudien luego privadamente. Discípulos ya no hay, sino oyentes; los profesores son lectores que dejan al acaso que germine ó no el grano de semilla, y que no se acuerdan fuera de la hora de lección de los progresos de sus discípulos en general. ¡A esto se llama escuelas científicas!

La Escolástica tiene por oficio esencial del maestro venir en auxilio de la actividad que ha excitado en sus discípulos; el maestro debía descender hasta el lugar del discípulo, guiar sus pasos y acompañarle en su camino¹. El guiar y dirigir al discípulo y excitar su actividad es la nota propia de la enseñanza escolástica. Este método no es, á la verdad, invención de la Edad Media; en su parte principal se halla en ARISTÓTELES, en el cual aun bajo este aspecto recibe su esencial conclusión el desarrollo de la Filosofía anterior al Cristianismo. Desde el fin del siglo VI, y por consiguiente, desde que se introdujo en ellas el Cristianismo, se enseñó en las escuelas cristianas de Occidente según el método aristotélico; y así se desarrolló el sistema escolástico de enseñar y de aprender que dominó en todas las escuelas cristianas hasta el principio del período moderno de la revolución.

757. Consideremos aún más detenidamente el método de enseñar y aprender del sistema escolástico. Cuán conveniente sea dirigir los primeros pasos de los que se dedican á los estudios superiores, es cosa que nadie se atreve á negar en teoría. El individuo no está aquí aislado, sino forma parte de un todo; sólo con el

¹ «Docere est administrari exterius inventionem discipulorum propriam», decía el axioma escolástico.

auxilio ajeno puede apropiarse el caudal de conocimientos filosóficos de que dispone el género humano.

¿En qué consiste el auxilio eficaz y sistemático que, según el sistema escolástico, debe prestar el maestro al discípulo? Para el fin que nos proponemos, basta notar los puntos principales.

Ante todo, entre el conjunto de los conocimientos, debe obligarse á los jóvenes á que se fijen en aquellos puntos que son importantes de suyo, y convenientes según el grado de instrucción de cada uno. Como un océano se extiende ante el espíritu del hombre el sistema de los conocimientos científicos; todo lo que aun el más grande ingenio puede abarcar, es sólo una pequeñísima parte de este océano: es pues de suma importancia para los que empiezan, el ser orientados en esta inmensidad enteramente desconocida de ellos. Una vez propuesta con toda claridad la cuestión que ha de ser resuelta, debe el maestro fijar la atención en el conjunto cuando convenga el esclarecimiento del *status questionis*.

¡Cuán fácilmente puede caer aquí en error el joven abandonado á sí mismo! ¡Cuán fácilmente puede confundirse y desfallecer en medio del cúmulo de dificultades que se le ofrecen! ¡Cuán fácil es que se dedique á estudios históricos agradables y deje lo principal por lo accesorio! ¡Cuán fácil que, no fijándose en la esencia de las cosas, se inhabilite para entenderlas rectamente en lo sucesivo! Entonces debe el que aprende, sacar del extenso campo de la realidad sólo aquello que puede convenir á sus estudios actuales, y no más ni menos. En la mayor parte de los casos, se relaciona esto con las diferentes ramas de las ciencias naturales. Locura sería pedir que cada uno se cerciorase por medio de observaciones propias de la verdad de todos los fenómenos. Lo que racionalmente puede pedirse, es lo que pide la Escolástica. Este sistema exige que el maestro esté familiarizado con las más importantes conclusiones científicas en el concepto de las ciencias naturales, y que enseñe al discípulo aquello que corresponda á sus progresos científicos. Exige, además, que el que se dedica al estudio de la Filosofía, emplee una tercera parte del tiempo en el estudio de las Matemáticas y de las ciencias naturales.

Respecto á los progresos sucesivos, al análisis, á la formación de conceptos claros y su división, ó de definiciones precisas y de ideas fundamentales, basta haber intentado este trabajo del espíritu para saber cuán necesario es el auxilio del maestro y el aprovecharse de los resultados obtenidos por otros pensadores que le hayan precedido en el estudio. Todo esto debe ponerse ante los ojos del discípulo, proponiéndoselo de manera que él pueda adquirir ideas propias. Claro es que el que concurre á las escuelas superiores, no debe ser enseñado en forma catequística, como los alum-

nos de las escuelas elementales, sino debe emplearse en la parte esencial un método acromático. Aquí debe el maestro inculcar lo más importante en el ánimo de los discípulos, poniéndolo de relieve repetidas veces, enseñando lo abstracto por medio de lo concreto, lo universal con ejemplos particulares, acomodándose á la inteligencia de los oyentes; no debe desanimarse porque sea necesario repetir una misma cosa de diez diferentes maneras para que sea comprendida por diez inteligencias diferentes. La prueba de una tesis por los conceptos generales propuestos de antemano, de ningún modo es un camino que tan fácil y seguramente haya de hacerse en alas del espíritu. Es necesario que un maestro experimentado acompañe al que aprende, y le sirva de auxiliar cuando el discípulo no puede hallar el término medio; que le diga el lugar donde ha de fijar el pie para no salirse del camino recto, y que le detenga cuando el espíritu, de suyo inquieto é impaciente, quiera pasar á lo singular. Finalmente, para que la verdad conocida llegue á ser poseída enteramente por el que estudia, debe repetirse en polémicas, en conversaciones; debe oponérsele objeciones y hacer que el discípulo las resuelva. "Para aprender á conocer rectamente una verdad—dice NOVALIS, es necesario que sea objeto de polémica." Así cumple la Escolástica la exigencia con que GÖRRES termina su *Prodromus galeatus* á la mística cristiana: "La afirmación debe ser lo primero que se proponga en forma de tesis, porque la investigación tenga fundamento; pero después debe oponérsele en cada una de sus partes la objeción para que se afirme el fundamento adquirido; porque sería muy cobarde la verdad que no supiera defenderse ante una proposición contraria, la cual, si fuese cierta, impediría que lo fuera la que se le opone." Aquí se le ofrece ocasión al maestro de observar la extensión de los conocimientos del discípulo en la materia de que se trata; puede llenar las lagunas é ilustrar los puntos oscuros que note; y el discípulo por su parte halla ocasión de desplegar en todos sentidos las facultades de su espíritu, de ilustrar más y más la doctrina aprendida, y llegar á saber expresar ordenadamente sus pensamientos por medio de la palabra.

358. Este sería en su parte esencial el sistema escolástico de enseñar y de aprender. Así como muchos hombres experimentan en ciertas épocas variaciones en su manera de ser, así es innegable que las ha experimentado varias veces la Escolástica. En siglos anteriores se fió demasiado de los materiales, indudablemente muy ricos, allegados por ARISTÓTELES, desdeshando excesivamente la observación propia en la importantísima aplicación de los fenómenos naturales; por desgracia pocos imitaron el ejemplo de ALBERTO MAGNO, investigando por sí mismos la naturaleza. En

el siglo pasado, merced á la influencia de la Filosofía de DESCARTES y de WOLF, no se vió libre la Escolástica de cierto desprecio positivo de los fenómenos naturales, de la Historia y en general de todas las ciencias positivas. Las tesis filosóficas fueron propuestas y demostradas como proposiciones matemáticas. Los grandes maestros de la Escolástica sólo emplean el silogismo allí donde verdaderamente tiene conveniente aplicación; pero en esta nueva Escolástica el silogismo recabó para sí el señorío universal. *Atqui y ergo* eran como dos zancos con los cuales se osaba conquistar sin especial trabajo todo el campo de la ciencia; desde ellos se miraba con desprecio todo esfuerzo científico. Dios sabe qué mágica virtud era la que se atribuía al silogismo. Llámese como se quiera á esta pseudo-escolástica de WOLF, pero Escolástica no es. Por este camino claro es que se llegó á la pedantería y tenacidad de juicio, después de haberse contribuido al descrédito de la Filosofía, y en particular de la Escolástica. Así, cuando se expresa el deseo de que se restablezca la Escolástica, no debe entenderse de la Escolástica degenerada, como lo estuvo en algunos períodos.

En la Escolástica de los tiempos pasados hay por otra parte mucho de accidental, que como tal debe ser considerado. Los antiguos escolásticos trabajaban y escribían *para su tiempo*, tenían en aprecio lo que en su tiempo se sabía, y procuraban ser útiles á los hombres de la época en que vivían. Nosotros vivimos en *otros tiempos*, y por consiguiente, rechazamos toda *imitación mecánica*. Lo que importa es lo esencial, lo que hemos manifestado acerca de este sistema. Lo que caracteriza á la educación escolástica, es dar al estudiante un maestro sólidamente instruído, que considere como obligación el tratar íntimamente con el discípulo para ponerle en posesión de la verdad objetiva, siguiendo un método conforme con la naturaleza del conocimiento humano y adecuado á la capacidad del discípulo. La Escolástica, podría decirsenos, en este caso no es otra cosa que una exigencia de la recta razón. A esto no podríamos contestar de otro modo que asintiendo por completo. Por esta razón nuestro deseo de que se restablezca el sistema escolástico, solo significa que se forme á los jóvenes rectamente, conforme á lo que dicta la razón. No decimos que la desdichada educación superficial que reciben, se deba en *primer lugar* á haber abandonado el método escolástico. El *mal principal* consiste, á nuestro juicio, en haber sido suprimido en la educación el elemento religioso. Por esta razón se falsea la verdad desde el principio, se incurre para con los jóvenes en una mentira ignominiosa, y se priva á las inclinaciones de su corazón de un auxilio con que luchar contra las pasiones y contra los errores que van

hermanados con ellas en el camino de la sabiduría. En cierto lugar, dice SAILER con mucha razón: "Las ideas se me representan en el hombre como las agujas de un reloj, que marcan horas diferentes, y las inclinaciones como el resorte que las mueve: quien intenta formar sólo é inmediatamente las ideas, se asemeja al que quiere componer un reloj poniendo en hora la muestra con la mano, sin tratar de arreglar la máquina."

Según esto, la religión es el fundamento necesario de la formación de la juventud. Pero en segundo lugar hay una ciencia real y verdadera y provechosa, que falta á nuestra época, pobre en verdades, pero rodeada de un negro manto de falsedades científicas. *Hombres* necesitamos, no niños que corran en pos de brillantes pompas de jabón, no cañas que se inclinen al más leve soplo de cualquier viento; lo que necesitamos son *caracteres*. "La falta de carácter y la versatilidad en la ciencia, suponen falta de carácter en el orden moral, así como el impulso ordenado en orden á la ciencia lleva consigo ó tiene por consecuencia tranquilidad y fijeza en el orden moral." (SCHELLING.) Necesitamos hombres educados fundamentalmente, no hombres que sepan superficialmente muchas cosas, "que estudian más bien con el fin de adquirir fama de sabios, que para fortalecer y engrandecer su espíritu; que convierten á su cerebro en un almacén, donde amontonan sin orden ni concierto lo que tiene aspecto de científico, ó más bien, lo que es raro y desacostumbrado y puede excitar la admiración de los hombres." (MALEBRANCHE.)

Pero sobre todo necesitamos hombres *humildes*, que no se busquen á sí mismos, sino que busquen la verdad y estén prontos á reconocer en su corazón los límites de la ciencia humana, á subordinar siempre las verdades conocidas y á inclinar la cabeza ante Dios y ante la Autoridad puesta por Dios. Mientras haya hombres que pretendan dirigir por sí mismos la educación moral é intelectual de las almas; que abusen con frivola superficialidad de todo linaje de argucias para lanzar enjambres de semisabios contra los fundamentos del orden social y moral y para excitar las pasiones de gobernantes egoístas, el mundo moral se encamina á funesto término. Una época en que tal espíritu domina, sólo puede escribir en sus banderas la más completa independencia de maestros y discípulos, y abominar naturalmente, como del caso más horrible, de una educación fundamental, cual es la que ilumina la Escolástica; la instrucción real y positiva cortaría el vuelo á nuestros libre-pensadores.

FIN